

LOS ÁRABES



DEL IMPERIO OTOMANO
A LA ACTUALIDAD

EUGENE
ROGAN

CRÍTICA

EUGENE ROGAN

LOS ÁRABES

Del imperio otomano a la actualidad

Traducción castellana de
Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: octubre de 2010
Primera edición en esta nueva presentación: febrero de 2025

Los árabes. Del imperio otomano a la actualidad
Eugene Rogan

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque
sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo
y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa
de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar
con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en
el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Arabs. A History*

© Eugene Rogan, 2009

© de la traducción, Tomás Fernández y Beatriz Eugibar, 2010
© de la traducción del prólogo y el capítulo 9, Gonzalo García, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2010, 2012, 2018, 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-617-0
Depósito legal: B. 416-2025
Impresión y encuadernación: Unigraf
Printed in Spain - Impreso en España



Capítulo 1

DE EL CAIRO A ESTAMBUL

El ardiente sol del verano caía a plomo sobre los hombros de al-Ashraf Qansuh al-Ghawri, cuadragésimo noveno sultán de la dinastía mameluca, mientras pasaba revista a sus tropas, dispuestas en formación de combate. Desde que fundaran su sultanato en el año 1250, los mamelucos habían venido gobernando el Estado islámico más antiguo y poderoso de la época. Su imperio, que tenía su centro en El Cairo, se extendía por Egipto, Siria y Arabia. Qansuh, que rondaba ya los setenta años, llevaba quince al frente del imperio. El lugar en el que le vemos inspeccionar a su ejército se encuentra en Marj Dabiq, una vasta franja de terreno situada a las afueras de la ciudad siria de Alepo, ya en los límites septentrionales de su imperio. Estaba allí para plantar cara al mayor peligro al que se hubieran enfrentado jamás los mamelucos. Sin embargo, su empresa estaba llamada a fracasar, y ese fracaso habría de desencadenar un proceso que conduciría a la desaparición de su imperio y prepararía el terreno para que los turcos otomanos conquistaran los territorios árabes. Estamos a 24 de agosto de 1516.

Qansuh llevaba un ligero turbante para protegerse del intenso sol del desierto sirio. Un regio manto de color azul le cubría los hombros, sobre los que descansaba asimismo su hacha de guerra, contribuyendo a dar un aspecto aún más impresionante a su figura, erguida sobre el alazán de combate árabe con el que pasaba revista al ejército. Cuando un sultán mameluco iba a la guerra, acostumbraba a capitanear personalmente a las tropas durante el choque y se rodeaba en campaña de la mayor parte de los miembros de su Gobierno. Vendría a ser como si un presidente estadounidense se llevara a la guerra a la mitad de su gabinete, a los líderes del Senado y de la Cámara de Representantes del Congreso, a los jueces del Tribunal Supremo y a un sínodo formado por obispos y rabi-

nos, todos ellos pertrechados para la contienda, junto con los oficiales y los soldados.

Los comandantes del ejército mameluco y los cuatro jueces de mayor rango se alineaban bajo el rojo estandarte del sultán. A su derecha se situaba la cabeza espiritual del imperio, el califa al-Mutawakkil III, quien guerreaba bajo su propio pabellón. También él aparecía tocado con un turbante ligero, lucía un lujoso manto y dejaba reposar sobre el hombro el hacha de guerra. Rodeaban a Qansuh los cuarenta descendientes del profeta Mahoma, cada uno de ellos provisto de un ejemplar del Corán guardado en un estuche de seda gualda envuelto con bandas del mismo material en torno a la cabeza. Y a los descendientes del profeta se unían los líderes de las órdenes místicas sufíes, marcialmente alineados bajo sus gallardetes verdes, rojos y negros.

Qansuh y su séquito debieron de quedar impresionados ante el espectáculo de los veinte mil soldados mamelucos congregados en las planicies que les rodeaban. Los mamelucos —se trata de una palabra árabe que significa «el poseído», es decir, «el esclavo»— formaban una casta de combatientes de élite carentes de libertad. Sus filas se nutrían de jóvenes hombres capturados en los territorios cristianos de la estepa euroasiática y en el Cáucaso, que eran conducidos a El Cairo para ser convertidos al islam y formados en las artes marciales. Separados de sus familias y lejos de su patria, debían una lealtad ciega a sus amos, esto es, a quienes no sólo los conservaban como un objeto físico de su propiedad sino que se erigían en maestros suyos. Instruidos para alcanzar el más elevado nivel de eficacia bélica y adoctrinados en la absoluta entrega a la religión y al Estado, los mamelucos recibían la libertad al llegar a la madurez, accediendo así a los más altos peldaños de la jerarquía gobernante. Exhibían la más acabada superioridad en el combate cuerpo a cuerpo y ya habían doblegado a los mayores ejércitos medievales: en el año 1249 los mamelucos habían derrotado al ejército cruzado del rey francés Luis IX, en 1260 conseguirían expulsar de los territorios árabes a las hordas mongolas y en 1291 desalojarían de las regiones islámicas a los últimos cruzados.

El ejército mameluco constituía un magnífico espectáculo. Sus soldados vestían ropajes de seda de brillantes colores, sus cascos y su armadura eran obra de los más finos artesanos, y sus armas poseían hojas de acero templado con damasquinados de oro. La exhibición de tales refinamientos formaba parte de una escala de valores basada en los códigos caballerescos y constituía asimismo un signo de la confianza de que hacían gala aquellos hombres, seguros de alzarse con la victoria.

Frente a los mamelucos, al otro lado del campo de batalla se distribuían los aguerridos veteranos del sultán otomano. El imperio otomano había surgido en las postrimerías del siglo XIII a partir de un pequeño principado turco que había participado en la guerra santa que se había librado contra el imperio cristiano bizantino en Anatolia (esto es, en las regiones asiáticas de la actual Turquía). En el transcurso de los siglos XIV y XV, los otomanos habían logrado integrar en su esfera política a los demás principados turcos y conquistado los territorios bizantinos, tanto en Anatolia como en los Balcanes. En el año 1453, el séptimo sultán otomano, Mehmed II, lograría culminar con éxito la empresa contra la que se habían estrellado todos los intentos musulmanes anteriores, ya que se apoderó de Constantinopla y cerró así el último capítulo de la conquista del imperio bizantino. En lo sucesivo, Mehmed II pasaría a ser conocido como «el Conquistador», y Constantinopla, convertida ya en Estambul, se convertiría en la capital otomana. Los sucesores de Mehmed II no habrían de mostrarse menos ambiciosos en su determinación de expandir los límites territoriales del imperio. En el día que nos ocupa, el 24 de agosto de 1516, Qansuh estaba a punto de entablar batalla con el noveno sultán otomano, Selim I (que gobernaría entre los años 1512 y 1520), apodado «el Severo».

Paradójicamente, Qansuh había abrigado la esperanza de evitar el choque mediante una demostración de fuerza en la frontera septentrional de sus dominios. Los otomanos se hallaban entonces en plenas hostilidades con el imperio safávida persa. Los safávidas, que dominaban lo que hoy es Irán, hablaban turco como los otomanos, y su origen étnico los emparentaba probablemente con los curdos. Su carismático jefe, el sah Ismail I (cuya gobernación se extiende de 1501 a 1524), había decretado que el chiismo habría de ser la religión oficial del Estado, lo que le abocó a una colisión ideológica con el imperio otomano, de confesión sunita.¹ Los otomanos y los safávidas se habían enfrentado por el control de la Anatolia oriental entre los años 1514 y 1515, y la victoria había caído del lado de los otomanos. Y así fue cómo los safávidas buscaron con toda urgencia una alianza con los mamelucos a fin de lograr contener de ese modo la amenaza otomana. Qansuh no sentía ninguna particular simpatía por los safávidas, pero deseaba mantener el equilibrio de poder en la región y tenía la esperanza de que una fuerte presencia militar mameluca en el norte de Siria pudiera circunscribir las ambiciones otomanas a Anatolia, dejando Persia para los safávidas y el mundo árabe para los mamelucos. Sin embargo, en vez de verificarse esos planes, lo que sucedió fue que el des-

pliegue de los mamelucos se convirtió casi inmediatamente en una amenaza estratégica para el flanco de los otomanos, y que éstos, guiados por el sultán otomano, y para no correr el riesgo de verse envueltos en una guerra con dos frentes, decidieron suspender las hostilidades que les enfrentaban a los safávidas para guerrear con los mamelucos.

Los mamelucos habían puesto sobre el terreno un gran ejército, pero las tropas otomanas les superaban claramente en número. Sus disciplinadas filas de caballería e infantería habían de combatir con una ventaja numérica de tres a uno respecto de los mamelucos. Los cronistas de la época estiman que el ejército de Selim estaba compuesto por unos sesenta mil hombres en total. Además, los otomanos también contaban con una significativa ventaja tecnológica sobre sus adversarios. Si los mamelucos habían formado un ejército a la antigua usanza, es decir, un contingente que confiaba fuertemente su suerte a la habilidad individual de cada uno de sus hombres con la espada, los otomanos habían dispuesto sobre el terreno una moderna infantería provista de mosquetes de carga de pólvora. Los mamelucos se atenían a los valores militares característicos de la Edad Media, mientras que los otomanos representaban la vertiente moderna del arte de la guerra, y luchaban con técnicas propias del siglo XVI. Los otomanos, que eran soldados endurecidos en numerosas batallas y poseían una amplia experiencia de combate, estaban más interesados en los despojos de la victoria que en blasonar de cualquier timbre de honor personal alcanzado en un fiero combate cuerpo a cuerpo.

Al producirse el choque de los dos ejércitos enfrentados en la batalla de Marj Dabiq, las armas de fuego otomanas diezmaron las filas de los caballeros mamelucos. El ala derecha del ejército mameluco se derrumbó bajo la presión de la ofensiva otomana, y el flanco izquierdo se dio a la fuga. El comandante del ala izquierda mameluca era el gobernador de la ciudad de Alepo, un mameluco llamado Khair Bey que, según se sabría más adelante, se había coaligado con los otomanos antes del enfrentamiento, transfiriendo su lealtad a Selim el Severo. Poco después del inicio del choque, la traición de Khair Bey habría de dar la victoria a los otomanos.

El sultán mameluco, Qansuh al-Ghawri, contempló horrorizado cómo el ejército se desbarataba ante sus propios ojos. El campo de batalla se hallaba envuelto en tan espesa polvareda que los dos ejércitos apenas se veían. Qansuh se volvió hacia sus asesores religiosos y les instó a rezar por una victoria que ya no confiaba que pudieran darle sus soldados. Uno

de los capitanes mamelucos, dándose cuenta de lo desesperado de la situación, arrió el estandarte del sultán, lo plegó y se volvió a Qansuh diciendo: «Oh, sultán, amo y señor nuestro, los otomanos nos han derrotado. Salvad vuestra vida y refugiaos en Alepo». Al comprender la honda verdad que encerraban las palabras del comandante, el sultán sufrió un ataque de apoplejía que le dejó hemipléjico. Al tratar de montar en su alazán, Qansuh cayó fulminado y murió *in situ*. Abandonado por su séquito en desbandada, el cadáver del sultán jamás llegaría a encontrarse. Era como si la tierra hubiera abierto sus fauces y se hubiera tragado entero el cuerpo del caído monarca mameluco.

Al asentarse el polvo del combate comenzó a aparecer en toda su crudeza el absoluto horror de la carnicería. «Fue un momento capaz de hacer encanecer a un niño y de fundir el hierro con su encono», sostiene el cronista mameluco Ibn Iyas. El campo de batalla aparecía cubierto de cadáveres y de hombres y caballos agonizantes, aunque los otomanos frenaron en seco sus lamentos, tan ávidos estaban por hacerse con el botín de sus adversarios. A su paso no quedaron sino «cuerpos descabezados y rostros cubiertos de polvo, convertidos en semblantes espantosos» destinados a servir de pasto a los cuervos y los perros salvajes.² Si para los mamelucos había sido una derrota sin precedentes, para el imperio habría de ser un golpe del que jamás lograría recobrarse.

La victoria obtenida en Marj Dabiq hizo de los otomanos los dueños de Siria. Selim el Severo entró en Alepo sin encontrar resistencia y prosiguió su avance hasta Damasco sin tener siquiera que desenvainar la espada. Las noticias del desastre llegaron a El Cairo el 14 de septiembre, unas tres semanas después de la batalla. Los capitanes mamelucos que habían logrado sobrevivir se habían reunido en la ciudad para elegir a un nuevo sultán. Acordaron que el sucesor debía ser la mano derecha de Qansuh, un hombre llamado al-Ashraf Tumanbay. Tumanbay iba a ser el último sultán mameluco, y su reinado no habría de durar más que tres meses y medio.

Selim el Severo escribió a Tumanbay desde Damasco. En la misiva le planteaba una disyuntiva: rendirse y gobernar Egipto como vasallo de los otomanos, o resistir y verse abocado a la más completa aniquilación. Tumanbay sollozó de terror al recibir la carta de Selim, dado que la rendición era impensable. El temor comenzó a atenazar tanto a los soldados del sultán mameluco como a sus súbditos. En un intento de mantener la disciplina, Tumanbay promulgó un edicto en el que se prohibía, bajo pena de

muerte, la venta de vino, cerveza y hachís. Sin embargo, según cuentan los cronistas, los angustiados habitantes de El Cairo hicieron caso omiso de la orden y trataron de aliviar la tensión de la inminente amenaza de invasión refugiándose en las drogas y el alcohol.³ Cuando se recibió en El Cairo la noticia de que la ciudad costera de Gaza había sido conquistada y de que los otomanos habían pasado a cuchillo a mil lugareños, el olor del miedo se apoderó hasta del último rincón de la urbe. En enero del año 1517, el ejército otomano penetró en Egipto, poniendo inmediatamente rumbo a la capital.

Al alcanzar Selim el límite septentrional de El Cairo, el 22 de enero, los soldados de Tumanbay mostraban ya muy escaso entusiasmo ante la perspectiva del combate. Eran muchos los batallones de tropa que no habían presentado armas. Se ordenó a los pregoneros públicos que recorrieran las calles y callejuelas de El Cairo para difundir la nueva de que todos los desertores serían ahorcados frente a la puerta de sus mismos domicilios. Gracias a esa estratagema, Tumanbay logró reunir a todos los soldados que le fue dado encontrar, una fuerza compuesta por unos veinte mil hombres, entre jinetes, infantes y columnas de beduinos irregulares. Aleccionado por la experiencia de Marj Dabiq, Tumanbay levantó la prohibición que pesaba sobre el uso de armas de fuego y proporcionó mosquetes a buena parte de sus soldados. También alineó unos cien carromatos cargados con piezas de artillería ligera a fin de hacer frente a los atacantes. Los hombres y las mujeres de El Cairo se presentaron en el campo de batalla para enardecer con sus vítores al ejército y ofrecer oraciones por su éxito. Carentes de paga, faltos de confianza y escasamente fiables en su mayoría, los soldados del ejército mameluco no se enfrentaron al inminente estallido de las hostilidades como un grupo de hombres en pos de la victoria, sino como una horda de desesperados obligados a luchar por su vida.

La batalla se produjo el 23 de enero de 1517. Fue «un choque tremendo», escribe Ibn Iyas, «la sola mención del acontecimiento basta para helar de terror el corazón de los hombres, hasta el punto de que sus horrores les trastornan el juicio». Cuando los tambores de combate redoblaron llamando a la batalla, los jinetes mamelucos montaron en sus caballos y partieron al lugar del enfrentamiento. Cargaron contra una fuerza otomana muy superior en número, que «venía a ellos como una nube de langosta». Ibn Iyas sostiene que la subsiguiente batalla fue aun peor que la anterior derrota de Marj Dabiq, pues los turcos «surgían de todas partes, como nubes», mientras el «estruido de sus descargas de mosquetería, que re-

sultaba ensordecedor, aumentaba la furia de su acometida». En menos de una hora, los defensores mamelucos habían sufrido grandes pérdidas y se batían en franca retirada. Tumanbay pelearía todavía largo rato, más que la mayoría de sus capitanes, antes de verse también él obligado a retirarse del campo de batalla, aunque no sin jurar que habría de regresar otro día para volver a plantar cara a los otomanos.⁴

Las victoriosas tropas otomanas tomaron por asalto la ciudad y se pasaron tres días saqueando El Cairo. La desamparada población civil, totalmente a merced del ejército invasor, no pudo hacer nada, salvo detenerse a contemplar el pillaje de sus casas y propiedades. El único que podía protegerles de la violencia desatada de la soldadesca victoriosa era el propio sultán otomano, así que las gentes de El Cairo hicieron lo imposible por honrar a su nuevo amo y señor. En las mezquitas, los rezos del viernes —que tradicionalmente se habían pronunciado en favor del sultán mameluco— pasaron a salmodiarse en alabanza al sultán Selim, ya que ésa era una de las formas habituales de reconocer la soberanía de un señor. «Alá salve al sultán —entonaban los fieles—, hijo de sultanes y rey de los dos continentes y los dos océanos, conquistador de los dos ejércitos, sultán de los dos Iraks, siervo de las dos ciudades sagradas, el victorioso rey y sah Selim: Oh, Señor de ambos mundos, concededle siempre la victoria.» Selim el Severo tomó nota de la sumisión de El Cairo y dio instrucciones a sus ministros de que anunciaran el perdón público y la restauración del orden.

Tras vencer al ejército mameluco, el sultán Selim aguardó cerca de dos semanas a entrar en la ciudad de El Cairo. El día en que finalmente hizo acto de presencia en la capital fue también la primera oportunidad que se ofreció a la mayoría de sus habitantes para observar de cerca al nuevo amo. Ibn Iyas nos ofrece una gráfica descripción del conquistador otomano:

Cuando el sultán recorrió las calles de la ciudad, el populacho entero prorrumpió en vítores. Se dice de él que era de tez clara y que su mentón, perfectamente rasurado, realizaba la larga nariz y los grandes ojos. Se añade que al ser de corta estatura aparecía tocado de un pequeño turbante. Dio muestras de cierta ligereza e impaciencia, y no dejó de volver el rostro a uno y otro lado de la calle durante todo el trayecto. Se dice también que rondaba los cuarenta años de edad. Carecía de la dignidad de porte que habían mostrado los anteriores sultanes. Su mal carácter y su temperamento violento le hacían ávido de sangre, y toleraba muy mal que se le respondiera.⁵